
CAPITULO II

LOS MAY SHARONAS LLEGARON YA

A continuación, unas líneas oblicuas acerca de los renglones torcidos del rockanrol y su reencarnación en la patria potestad de una madre sin más progenitora que su diario quehacer represor e intimista; sin más conclusiones que su desmadre mañanero y su consecución en un atardecer lleno de rayos ultravioleta ; y la despedida de un mañana sin radioperiódicos ni la moralina radiófonica en kilohertz.

La radio suena como otra estación más a borde del rula subterráneo del fin de la ciudad ; los obreros y obreras se levantan sin más opción que el destino alucín de la maquilación. El tiempo del rockanrol está entre pieza y pieza taiwanesa, el requinto "zepeliniano" o "ironmaidenesco" esta entre las líneas marcadas bajo el brillo plateado del estaño, fundido por un enajenante cautín.

Angus Young, a bordo de un tren vigoroso lleno de riffs simples, es secundado por un bajo que, a la vez de fungir como bataca, suena tan elemental como la rítmica emanada tras el constante *psss* del platillazo que derrite una pequeña parte de las miles de onzas de estaño que el propietario de esa estúpida maquila tiene reservadas para el goce mayor de sus rockanroleros empleados.

La segunda mitad de la década de los ochenta, con sus maniacos entornos seductores ante la menor provocación a las normas edificadas por la religión, la política y la moral, tenía que ser trastocada obligadamente por la lucha ideológica del más fuerte, o del más sumiso para aceptar jales que denigraban a uno económicamente pero lo glorificaban ante la raza al saber que se podía trabajar sin ningún contrapeso ligado a algún peluquero; los menos afortunados no tenían un trabajo ni a jodazos en la época del pelo largo sin glamour; sin role models como *Ricky Martin* , *Bon Jovi* y demás imbéciles que adoptaron la estética rockanrolera para devolvérsela al mundo de la moda.

Los años de adopción de una cultura anacrónica para las masas, en la que el tipo del pelo largo es más relacionado con los marcianos que con los terrícolas, fue una etapa de mostrar las convicciones con centímetros

de largos cabellos y dejar como mártires el camino listo para los galanes noventeros.

En algún lugar de la marcha urbana hermosillense, un grupo de rockanrol ensaya sus rolas. La San Benito, la colonia más grande de la ciudad, escucha gozosa y celebra el nacimiento de una nueva agrupación. Producto de la pasión baikera de la clicca inmersa en el rockanrol y en el deporte de las dos ruedas con montoncitos de tierra para saltar, emergen *Los Crossrock*. Marcados en esos años por el heavy, un par de carnales, Lucio y Oscar Cross, bataca y voz respectivamente, encañezaban la banda, además del Zuno y del Luis en el bajo y la guitarra. *Los Cross* fabricarían una media docena de rolas con el sello de *Motorhead* en la adrenalina y todo el sentido del metal en lo demás, sobre todo en los solos, las voces y falsetes.

La radio ya había procreado los programas que la desesperada generación de finales de los ochenta reclamaba. A principios de 1986, Radio Universidad empezó a transmitir Rock 850: El programa ofrecía una visión bastante global de la escena mundial, haciendo girar sus tornamesas con propuestas tan diversas que iban desde un *Emerson Lake and Palmer*, un *Peter Frampton*, pasando por *Botellita de Jerez*, *Metallica*, *The Church*, o *Rush*.

El programa de Víctor Gallegos y Rafael Contreras se mantendría por algún tiempo en la programación de Radio Universidad, teniendo un número más que aceptable de llamadas por programa. Los productores de "Rock Ochocientos y Feria" (Rock 850) organizarían, en el aún no vetado oficialmente para el rockanrol, Auditorio Emiliana de Zubeldía, un toquín con la banda local *Ataxia*.

El concierto sería transmitido en vivo por la frecuencia de Radio Universidad, el día de la realización del programa (sábado por la noche), todo bajo condiciones bastante rígidas aplicadas por los encargados del inmueble y relacionadas con el no fumar, no beber, no poner los pies sobre las butacas, y la amenaza de que al primer roquero sorprendido quemando y bebiendo, "se acababa el show". Algunos colaboradores del programa se harían cargo de la seguridad y la vigilancia dentro del inmueble.

Sobre la marquesina con un chingo de foquitos del Hermosillo Flash (ese artefacto que pretendía darle aires de metrópoli a esta ciudad) se unían las letras de: "Los Naranjeros listos para otra gran temporada", seguidas por la temperatura y la hora: 30 grados, las 8:03 pm; las escaleras del Museo y Biblioteca sostenían a decenas de camisetas negras, raza placosa y sin placa; tipos y tipas con la indumentaria usual de universitarios progresistas: pantalones de mezclilla, camisa del mismo material, barbas peludas, mujeres de vestidos largos y folklóricos, greñas largas lacias, caídas y partidas justo a la mitad de la cabeza, secundado todo esto por una Jornada bajo el sobaco.

Adentro se preparaba el escenario. Se daban los últimos toques a la eualización general; nadie entraba al escenario y desde la reja el Víctor trataba de poner orden en medio del caos. La idea de mantener al personal adentro del recinto el tiempo indispensable fue lo más acertada ante el reglamento del Zubeldía; la raza se empezaba a inquietar afuera. La admisión al toquín era totalmente gratuita.

Al fin, media hora antes de lo programado y ante el fallido intento de organizar a los morros en filas, se abrieron las rejas del Zubeldía. La banda emprendió la corretiza en pos de ganar el mejor lugar del teatro; en menos de cinco minutos, el 80 por ciento de las butacas del recinto fueron ocupadas por el personal convocado por los 850 y *El Ataxia*. Las luces se apagan ante el wu, wu, wu, la identificación del programa se empieza a escuchar en las viejas bocinas empotradas en lo alto de las paredes del teatro.

La rúbrica musicalizada por *Emerson Lake and Palmer* termina, las cortinas del teatro se abren. *Los Ataxia* arremeten con algo de su material y el Rolando canta: "Estoy decidido a esperar a que cambie mi suerte/por eso estoy dispuesto a luchar hasta la muerte/algo va a cambiar", sería precedido por rolas claves como El carrusel, Prohibido el paso, No nos cansamos de empezar; y el pasadón de los "May Sharonas" ahí presentes, al interpretar, auxiliado por Roberto Algarra en la lira acústica y otro maistro en la flauta transversa, el "Escalera al cielo maestro".

Don Ventura, un viejito cascarrabias encargado de la torre de control, interrumpía desde lo alto del teatro, accionaba el botoncito de control de la consola y metía su voz entre los acordes de las seis cuerdas de la

Gibson del Casimiro: "Bajen los pies, no se permite beber dentro de la sala, esto se va a suspender..."; y se daba lija cañón en mano, cazando e iluminando a cuanto rockanrolero fuera sorprendido con "Doña Juana" encendida entre los dedos. Todo esto ocurría mientras el legendario "Jaleli" -corresponsal rocanrolero en tierras sonorenses de la revista Conecte-captaba con su cámara, marca "engarrótese ahí", a *Los Ataxia*.

Un día después, una de las bandas más reconocidas por los roqueros Hermosillenses, *La Cruz* de Tijuana, se presentaría en el Music House, y *Los Ataxia* serían los encargados de abrir el concierto.

La Cruz acababa de firmar un buen contrato con la compañía Ariola. En venta se encontraba por primera vez y de una manera profesional, algo del material original de la agrupación. Muchas de las rolas del debutante "Rock a la medianoche" habían sido compuestas años atrás. Esta vez el remake de temas como "dulce emoción", "el gángster", y demás canciones grabadas y distribuidas a manera de demos, garantizaba en "Rock a la media noche" poder ser escuchados con la calidad ofrecida por una compañía disquera de peso a nivel internacional.

Unas 300 personas asistirían a la tocada esa noche. *Los Ataxia* ofrecerían parte del repertorio ejecutado la noche anterior, además de covers chingonísimos. El Casimiro marcaba los tonos en la lira, para después caer la introducción bataquera tarola, tambor, tambor, tom, redoble, seguido segundos después por el bajo del Rolando y la ejecución de un gran cover: Se escuchaba "campos de concentración" del *Barón Rojo*, mientras una roja sirena, cual si fuera arrancada del toldo de una patrulla como presea por tanta vejación a la banda, se encendía y hacia más rojizos los ojos de los morros clavados con la ejecución.

La Cruz tocaría precedido por una introducción medio evenfla hecha por un tipo medio ecléctico que, jugándola como baladista, y después animador del programa televisivo "El mundo de los pitufos", hoy debutaba no con gran éxito como empresario rockanrolero.

El concierto transcurriría con el espectáculo habitual ofrecido por *La Cruz* en sus presentaciones: El solo obligado al estilo Bonham del "Raffita", los desplantes pousers del vocal, los requinteos del Bobby Chacón y la despedida bajo el pacheco techo galvanizado del Music con el clásico

Rockanrol, del Dirigible de Plomo, hicieron que el personal asistente ese día al toquín pasara una buena tarde noche de reventón.

Enero de 1986, tres chavos esperan el paso del camión en una céntrica calle de la ciudad. Se frotan las manos, al mismo tiempo que uno de ellos no aguanta detener por más tiempo con la mano pelona una gélida cahuama, y la cubre con un paño lleno de mocos que saca de la bolsa trasera del pantalón.

Un camioncito café, cuyo opaco rótulo indica su trayecto Fuentes-Modelo, se acerca al gran baldío ubicado enseguida de una clínica y enfrente de conocido centro de destrucción de hígados.

Los dos morros encucillados y con las dos manos meciéndolas con un vaivén entre las piernas se incorporan, esconden la bola de vidrio ahumada en la semigabardina, se tocan parte del pelo relamido, pagan al chofer y le preguntan si le puede dar dos boletitos. El chofer, un vaquero sin vacas, recoge las monedas con la mirada puesta en la palanca de cambios adornada en la base por una mitad de pelota de plástico del ratón Miguelito, y desprende de una pequeña cartera de papelitos blancos, dos boletitos.

El autobús luce semivacío, los chavos se sientan en el penúltimo asiento del camión; una doña y una morrita se recorren dos asientos hacia adelante, cargando tres bolsas de "La Cosalteca" conteniendo tres kilos de frijol, un galón de cloro, varias latas de puré de tomate, chícharos y un repollote que asoma sus hojas entre las asas de las bolsas.

El Pilo y el Marcelito desenfundan la cahuama y desenvuelven en un pequeño envoltorio aromatizado con el olor a la sierra de Yécora, el cartel a presentarse una hora después en el Héctor Espino.

Después de una gran malpasada rockanrolera que amenazaba con la inanición de los fieles asistentes a las tocadas, dos bandas estadounidenses de rockanrol, *Cockn* y *Dataclan*, se presentarían en Hermosillo. La organización correría a cargo de estudiantes de la carrera de Administración de la Universidad de Sonora.

La idea de los brillantes futuros administradores de empresas era juntar una feriesota en el toquín para tener una graduación como los cánones que el kitsch manda: Su anillito, charola y la cantidad necesaria para pagarle al *Spaña* y al Casino de Hermosillo cinco horas de cumbias, baladas, una tanda de popotitos, el rock de la cárcel y demás joyitas representativas del rock.

A los morros que viajaban en el camión les valía madre todo lo anterior y se pusieron felices al constatar, nuevamente, que los boletitos del camión eran 100 por ciento forjables y además de combustión lenta.

-El único circo es que se quema la tinta y te da cáncer en la garganta,- comentó el Pilo, mientras se alegraban de divisar a su banda que se perfilaba hacia el estadio por la calle Nogales: Unos diez integrantes chacalones del MBL, "Mariachi Barrio Loco" (Organización no gubernamental, antipolítica y desmadrosa) que se hacía siempre presente con un contingente de su ala rocanrolera en cada toquín.

Los boletos estaban a la venta en la taquilla del ala izquierda del estadio, y tal si fuera cualquier partido de pelota, los precios fluctuaban entre el doble y el triple, según la localidad, dividiéndose en central numerado, preferente y laterales, quedando totalmente prohibido pisar el césped del parque.

El toquín programado a las 5:00 pm distaba mucho de iniciar una hora después de lo pactado, sin embargo, unos cien locos ya se encontraban sobre las graderías encementadas del estadio; la gran mayoría del personal adquiriría boletos para esas localidades, otros más se brincarían la barda e intentarían colarse de cachucha.

El "check, check, check, one, two, three", se escuchaba seguido de la expresión "oh, I think we are in big troubles".

La banda bilingüe a las afueras del Espino pensó que faltaba mucho para que el concierto iniciara, y pensaron que para mitigar la espera era preciso el beber unas cahuamas, el expendio no estaba lejos y no había bronca con desacabalar la entrada, con la plena seguridad que la divina providencia no los dejaría abajo si querían en realidad entrar al toquín.

Unos cuantos majetes adquirirían localidades para las tribunas centrales. El sol se había clavado bajo los anuncios publicitarios del jardín central y el toquín, en la voz de un maestro de ceremonias pocho y cincuenton, estaba a punto de iniciar, en medio de los gritos de la banda que esperaba el momento para abandonar el cemento: -Bueno muchachos, verán que bonitou, el show que va haber con las dos bandas que van a tocar, quedarán encantados todos-, la rechifla iniciaba. -Pero por favor todo en orden y empezamos-, las luces del estadio se apagan y la banda se trepa y salta sobre la alambrada para posesionarse del terreno de juego.

Un quinteto inicia la audición. Todos los músicos'se encuentran ya sobre el escenario, después que una vocalista rubia, con un provocador y excitante minivestido rojo saliera, tomara el micrófono y vociferara el ya clásico: "Good night Hermosillouuu".

La raza traía su buen desmadre, hard rock pop sin grandes pretensiones arriba, y abajo un buen bonche de chavalos escalando por los andamios que forman el escenario y colgándose de las tablas, con el fin de divisar algo entre las piernas de la vocal.

Para esas alturas, unos 500 locos cubrían parte del césped del estadio, un buen de ellos agrupado en bandas de 10 a 15 integrantes. Los Cockn terminarían su set sin pena ni gloria, entre ligeras bronquillas por parte del personal.

Veinte minutos después, el mismo personaje gordo, de saco y corbata, aparece para presentar al siguiente grupo y supuesto estelar de la noche. En el mismo tono pocho y de empresario rockanrolero que no se la cree, lanza una advertencia: -Esta noche tienen que comportarse muy bien, porque de esto van a depender futuros conciertos, y pensamos seguir trayendo más shows aquí-.

-Pero no traigan al sida güey- replica un morro de abajo del escenario, secundado por la carrilla del resto del personal al ver que los músicos del *Data Clan* ya están en escena con un look bastante glamoroso y usual en la escena rockanrolera estadounidense de esos tiempos: Pelos largos, semiparados, gueros o negros a morir, un buen de maquillaje en el rostro, ropas de licra, seda y botas maniacas, era la indumentaria del quinteto de gringos finitos y delicados que trataría de armar la fiesta entre la raza

bravíamente rocanrolera que acechaba para tirarse al desmadre, una vez que el ruido se apropiara del infield del Héctor Espino.

Un empresario tira desde arriba del stage una veintena de discos que son disputados entre el personal; la mayoría son rotos antes de llegar a su propietario final, producto del forcejeo entre la raza, pretexto más que suficiente para que se cantaran dos, tres tiros crudos y directos, presagio de broncón de mayores proporciones.

Los Dataclan iniciarían su presentación: Teclados, bajo, guitarras, batería y vocales ejecutarían un metal amelcochado con lo más bastardizado del pop de mitad de la década de los ochentas.

A buena parte del personal también le valería queso lo anterior y trataban, sin desprenderse de las ruedas, los flavios y los pomos, de prenderse con la imprendible música de los rockanroleros californianos.

Sobre la tarima, un equipo de seguridad integrado por cinco o seis gringos trataba de impedir que los chavos llegaran hasta la meta final. Tras escalar un escenario de más de tres metros de altura. Algunos lo lograban, otros eran bajados semiamablemente. El Tany, un tipo controlador de dos tres pandillas de la gloriosa colonia Pobresista o Progresista, sube ante la pasadez de su cerebro y cuerpo al escenario; el tipo de seguridad le dice, en inglés, que se baje, El Tany o no le entiende, o le vale madre, el de seguridad mira encabronado al "greasy mexican rocker" y lo empuja con desprecio hacia abajo del stage, el tipo va cayendo con los ojos al cielo, la espalda en dirección a la raza, los brazos extendidos, la banda se abre y se estrella sobre el pedazo de tierra que cubre la segunda base.

La coalición de bandas se desafana de sus pequeñas rencillas minimalísticamente territoriales, para cubrirse de un extraño nacionalismo y cantarles un tiro a todos los güeyes de seguridad.

Los guaruras piden protección a los policías asignados para la vigilancia del evento (mismos que se declaran incompetentes y se hacen los majes), la raza empieza a lanzar objetos mientras rodea por completo el stage, gritando consignas en contra del cuerpo de seguridad. De repente, la recién creada *Coalición defensora de bandas* Hermosillenses, ante la prepotencia yanqui, se empieza a resquebrajar y las viejas rencillas

salen a flote, armándose una gran campal entre Duvalines, Paquetes, MBL. La policía trata de intervenir, mientras una banda se va hacia el bullpen del fondo del jardín central para continuar la batalla a piedras, puñetazos, y cuanto utensilio se encontrara a la mano.

La batalla continúa, una parte de la barda es derribada a media pelea, *Los Dataclan*, tras 30 minutos de estar ejecutando sus rolas, dejan de tocar. El cantante interviene: -Don't fight, don't fight, this is a rock and roll concert, have fun-. Ni con intérprete le hubieran hecho caso al güero de los Data, ya que estaban muy entrados.

Las luces del estadio se prenden, los de seguridad logran bajar el escenario y salir ilesos ante el desmadre tras el jardín central, los suben a dos vans que estaban estacionadas del lado de la tercera base y salen por la puerta que separa la sección de lateral con la de butacas. Los grandes portones se quedan abiertos, el desmadre todavía continúa, la raza rocanrolera más tranquila empieza a abandonar el parque; minutos después, tres hieleras preparadas para transportar a unos sesenta o setenta locos entran a toda velocidad, policías mano a mano empiezan a capturar a quien se deja pasados. El corredero se generaliza. Afuera del inmueble se da la campal chotas versus banda. Piedras y envases salen volando sobre los faros de las patrullas. El saldo del toquín sería publicado en los diarios locales.

Estación Rock, un programa dedicado al metal, transmitido los días viernes de diez a doce de la noche, cumplía un año de estar al aire. Entre rolas de *Helix*, *TNT*, *Loudness* y demás, el locutor, un tipo estudiante de la escuela de Comunicación de la Unison, anunciaba el toquín de aniversario del programa. *Los Cross Rock* serían los encargados de tocar en la fecha, el concierto sería gratuito y se celebraría en la plaza Emiliana de Zubeldía.

El programa era escuchado por un buen de gente atrincherada en cualquier esquina, afuera de un abarroteo o en los estéreos de los morros más caseros; la mayoría del material era heavy y ante la escasez de discografía en la radio (Radio Sonora, 84.7 de la banda de frecuencia modulada), los de Estación Rock contaban con la valiosísima ayuda del Chava Norzagay.

Es viernes por la noche, una decena de tipos a las afueras de una tienda del barrio del mariachi escucha Estación Rock. Bajo la leyenda de Abarrotes Julián, la raza escucha la última rola antes de sonar las primeras notas de un rolón de Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó. A la banda parece poco interesarle la rola y comentan cómo se van a poner antes del toquín del próximo domingo, el de aniversario de Estación Rock. El Chendo Rock, conocidísimo personaje "Maysharonesco" de la escena local, es el aparente líder de la banda.

Un tipo ajeno a la raza de esas latitudes, con mochila al hombro y pomo en mano, visiblemente perdido al no encontrar una fiesta escolar, llega al mencionado lugar. El Chendo lo reconoce, lo intercepta y le saca plática.

Qué onda, ese bato, qué milagro de verte-. -Nada, mi Chendo, por aquí extraviado-. -Ven para acá, para que conozcas a la clicca-. La raza se va presentando uno a uno. -Aquí es puro terreno nuestro, los mulas no asoman ni los faros para acá. por esta calle cantoneo yo, allá están clavados mis carnales, mi morra con mis tres morritos se fueron hace rato del cantón. Están ahora en la Tijua; la neta es que los extraño, pero qué le va a hacer uno si no le siguen el rollo-.

La trama sentimental del sentimiento de culpa en estado de pasadés prosigue, casi a punto de llegar a la reivindicación de la jefecita y otros lugares comunes de las sociopatías de los tipos alcohólicos y psicotrópicos.

El Chendo Rock trata de levantar los ánimos de la raza reunida ese viernes por la noche. Se recarga sobre la pared blanquiazul pintada por la altruista donación de conocida transnacional y recarga todo su cuerpo sobre la sólida puerta de metal que fortifica y resguarda la mercancía del abarroto mientras, a manera de introducción, comenta lo siguiente:

-Yo siempre quise ser baterista, cada vez que voy a una tocada me jambo dos tres palos; allá en el cantón tengo baquetas del *Interrogación*, del "Raffita" de *La Cruz*, del Lucio del *Ataxia*, de *La Marina* y de un chingo de bandas más, pero la neta nadie me ha dado quebrada machín de subirme a una pila de a deveras. Verá, ahí le va un cale socio-.

El Chendo, camiseta blanca sin mangas, 501 deslavados, tenis converse y arete largo colgando de la oreja, arremete contra la puerta de lámina a sus espaldas, a dos manos, olvidándose de la hora y la desincronización motora que producen las pingas intravenosas, despertando al mero mero del abarrotes.

Con un sentido de la rítmica más que aceptable, empieza con un beat clásico. Sosteniendo la rítmica bataquera por más de un minuto, les dice a sus escuchas: - A ver si la identifican...-. tum, tum, ta, ta, tum, tum, ta, ta, tum, tum, ta, ta, tum, ta, ta, tum, tum, ta, ta, tum, ta,-. El mismo círculo se repite una media docena de veces antes de gritar y, emulando las hazañas de los monstruos ante la fiel audiencia del barrio, les dice: - Vamos a cantar: Na, na, na, na, na, na, na, na, na, na, na, na, na ra, na, na, come on, Hermosillo rockanrol-.

La rola es la Tierra de las mil danzas. El Chendo está en pleno éxtasis y al concluir la invitación a los coros es secundado por una docena de banda ahí reunida, lanzando el mismo grito. El Chendo continúa una versión larguísima de la misma, hasta que el propietario del abarrotes abre la puerta y nuestro amigo, en mero viaje de percusiones, se cae. El tipo de la tienda sale garrote en mano, le pide que se calle, se encabrona la banda, todos se paran, y el microempresario se resigna a seguir soportando la audición. Al domingo siguiente, estarían desde temprano esperando la realización del toquín de los de Radio Sonora.

La Universidad de Sonora, siempre en proceso de transformación, abría las puertas al trastornamiento de la banda rocanrolera de esos tiempos. La política del área de Difusión Cultural en los convulsionadamente tranquilos años balcazarianos apoyaría en cierta forma a la raza rockera local y estatal.

Los toquines de rockanrol se encontraban en "stand by" ante la falta de liquidez de los empresarios que se lanzaban al ruedo. La escasez de locales rentables, los altos costos del arrendamiento del equipo y la inseguridad de que éstos llegaran a terminar con felicidad, al hacerse casi inminente la visita nada gentil de la chota a la salida de cada tocada, eran factores más que comprensibles para frenar cualquier intento de escuchar rock en vivo y en directo.

No existía en ese tiempo ninguna organización gubernamental de las supuestas dedicadas a la difusión de las actividades culturales, o a la atención a la juventud, dispuesta a sortear su buen nombre en defensa de lo que el Alex Lora nombraba como "una pinche música para locos".

Reptil y Agresor venían forjándose una gran reputación entre la comunidad metalera nacional. Estos grupos se presentarían por primera vez en la ciudad y el Estadio Castro Servín de la Universidad sería utilizado para tal ocasión.

Tanto *Agresor* como *Reptil* tenían ya a la venta sendas cintas de demostración, mismas que habían sido bien recibidas por la crítica especializada en rock. Publicaciones tales como Banda Rockera, Conecte, Rock Pop, además de la infinidad de fanzines y revistas subterráneas le rendían tributo al metal nogalense.

Los rockerillos locales se dieron a la tarea de saber si todo aquello era una prolongación de la prensa especializada o si los *Agresor* o *Reptil* eran en verdad una opción "curada" dentro del metal sonoreense.

El sol empezaba a caer bajo las tribunas del lado oeste del estadio, las tarimas utilizadas para los más distintos y diversos eventos culturales universitarios serían usadas en esa ocasión.

Agresor sube al escenario, el guitarrista y el bajista pretenden llegar a un consenso en cuanto a la forma que se encuentran afinados sus instrumentos. "El Pollo", bataquero del grupo pone en el suelo el rojo bote de cerveza, ajusta un pequeño platillito, coloca el segundo bombo y empieza a probar los pedales de la batería, mientras el encargado de la consola hace los ajustes necesarios, añade un micrófono más y vuelve a modular la voz.

La tocada estaba siendo registrada por los conductores de rock 850 y sería transmitido una semana después por esa misma frecuencia. *Cross Rock* abrió el concierto esa tarde, mostrándose expectantes por escuchar a los *Agresor*.

Agresor entra en escena, el vocalista del grupo dice - bueno raza ya vamos a iniciar, esto es "El gran dragón"-, pequeña introducción lírica de

unos veinte segundos, para después dejar caer toda la instrumentación a una velocidad media, antes que dos, cuatro jodazos simultáneos contra el tambor de tierra y la tarola, fueran el preambulo de los rasgueos de guitarra a toda velocidad, aguantando, siguiendo la rítmica del doble bombo dejando que el falsete con el vuelito de "ahiiiiaaaaaa" impactado a la quinta potencia aguda fuera laa señal adecuada para que *Agresor* arremetiera a toda velocidad, convirtiéndose en la primera banda de "speed" en tocar publicamente en el territorio hermosillense.